

El Libro en México

El eminente escritor y erudito Rafael Heliodoro Valle, sustentó con motivo de su visita a Lima una interesante conferencia sobre "El Libro en México". En el local que ocupa provisionalmente la Biblioteca Nacional, y bajo los auspicios de la Embajada de México, el distinguido hombre de letras y profesor de la Universidad de México desarrolló su charla el día 27 de Marzo, ante una numerosa concurrencia, e hizo entrega de la obra "Arte Precolombino de México y de la América Central". Para esta actuación circularon invitaciones especiales, constituyendo la ceremonia un acontecimiento de grandes contornos en nuestros círculos intelectuales. Damos a continuación, en forma íntegra, la sugestiva charla con que el ilustre investigador deleitó a su auditorio.

Sr. Director de la Biblioteca Nacional, Señoras y Señores:

Entre las obras imperecederas de México resplandece con brillo propio, en la biografía de la cultura en América, la que el libro lleva a cabo, en medio de sus enemigos naturales, no sólo para deleite de quienes lo aman como fruto definitivo de la inteligencia y como síntesis de muchas artes y oficios, sino para estímulo del hombre que ansía sacudir el yugo de la servidumbre y unirse al coro de los que, trabajando con alegría, disfrutan su parte alicuota de felicidad en el reino de la tierra.

Hay dos países de América que actualmente compiten en la producción de libros: México y Argentina, situados en los confines de nuestro mundo de habla española en que se siente el pulso arterial de las nuevas inquietudes que están cambiando el curso de la historia. Es en el Perú —la tierra en que Antonio Ricardo, un maestro venido de México, imprimió el primer libro— en donde el viajero puede medir el ritmo de los libros que vienen y van, cumpliendo su tarea de bien entre quienes lo consideran como uno de los instrumentos más eficaces para elaborar cultura y como la más viril obra de arte que emerge de las manos y del entendimiento del hombre.

Una simple indagación permite deducir que el libro argentino invade más el mercado de México; y que el mexicano se preocupa más por el contenido en que resuenan las doctrinas renovadoras y las últimas elucubraciones del arte; y si aquel está mejor distribuido, en este los maestros de la tipografía aguzan ingenio y saber heredados al través de cuatro siglos desde que Juan Paoli en 1539 dió a la estampa el primer libro formal en América. Otra distinción en este paralelo puede señalar que mientras en Argentina se publican más libros de carácter americano (el más reciente de ellos la celeberrima crónica de Fernández de Oviedo y Valdés) en México los editores se hallan más seducidos por lo

mexicano, sin desentenderse de lo universal, pero el escritor, el hombre de los sesos de oro sólo recibe retribución en cobre.

Acaba de celebrarse en aquella metrópoli la Tercera Feria del Libro, el Periodismo y la Radio, con la concurrencia de cinco países que supieron aprovechar la oportunidad que se les brindaba a fin de que hicieran, aunque modestamente, un acto de presencia de su capacidad editorial. En ella se acostumbra dar a conocer las muestras que hablan mejor de las artes gráficas, desde el siglo XVI hasta los libros que se ponen al alcance de todos y los que no han tenido fácil demanda en el mercado. Acuden también todas las instituciones públicas que custodian algunas de las valiosas reliquias que engolosinan la curiosidad de los bibliófilos y los eruditos; y en esta vez, alternando con los sitios reservados a las instituciones periodísticas y las radio-publicitarias, estaban los pabellones de la URSS, Brasil, Cuba, Colombia y República Dominicana (siendo 76 el total de expositores, sin incluir las instituciones oficiales). No perdemos la esperanza de contar con la presencia del Perú en el próximo certamen y de otros pueblos amigos que están de acuerdo en que el libro es uno de los soldados auténticos de la democracia.

Para llevar a cumplimiento esa aspiración se cuenta ya con una magnífica serie —“El pensamiento de América”— en que la Secretaría de Educación ha sabido concentrar, revalorándola, las mentes más fulgidas que en nuestros pueblos han luchado por la grandeza humana y que dan la tónica de nuestro fermentario espiritual: Bolívar, Lincoln, Bello, Sarmiento, José del Valle, Emerson, Montalvo, Hostos, Lastarria, Martí, González Prada, Rodó, Darío y Ruy Barboza. Se contempla la posibilidad de que en ella podamos ver muy pronto la estatura de otros próceres de la mentalidad americana que vivieron en constante erupción: los mexicanos José María Luis Mora, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra; los centro-americanos Alberto Masferrer y Omar Dengo; el ecuatoriano Vicente Rocafuerte; los peruanos Manuel Lorenzo de Vidaurre y José Carlos Mariátegui; y luego Alberdi, Rio Branco y Vaz Ferreira.

No tenemos noticia de que antes de ahora se haya emprendido la tarea de reunir, en un haz, tantas insignes espigas, para cuya escogencia se ha invitado a quienes conocen a fondo la intimidad de su pensamiento. Esa biblioteca, a buen seguro ganará prestigio más rotundo que el que obtuvo aquella colección de clásicos mediterráneos, editada por la Universidad de México, en los días rectorales de José Vasconcelos, y que viene a ser el digno antecedente de la que ha iniciado la Universidad Nacional contando con la colaboración de los humanistas españoles Juan David García Bacca y Agustín Millares Carlo.

Para estimar la labor que prosigue la misma Secretaría, difundiendo en volúmenes semanales (a 25 centavos el ejemplar) las novedades últimas y las ideas generales sobre el mundo, allí está la Biblioteca Enciclopédica Popular (100,000 ejemplares cada edición), en que los temas monográficos hallan nuevo traje y clara voz. Todo lo que puede proporcionar dicha al lector: el dato fidedigno, el fenómeno social, la semblanza histórica, el paisaje y el habitante, la ilusión del pasado y la utopía generosa, allí están mostrando, como en la casa de las ideas, a quienes las dilucidaron, o los que se conforman con admirar las peripecias de la invención o se queman en el fuego sideral de la poesía —cada vez más allá del tiempo y sobre el sueño— y todo lo que, al pasar por la escritura, se convierte en alegoría y en imán de embeleso. Desde los griegos hasta los mayas, todo lo que ha sido conquistado por la belleza de la vida, lo que rezuma erudición en muchos volúmenes, se va cristalizando en esa biblioteca que ya gozan a sus anchas los que leen de prisa y se han convencido de que el libro, como el pan, debe estar al alcance de todos. El multimillonario Morgan pudo darse el gusto de adquirir en un millón de dólares uno de los rarísimos ejemplares de la Biblia de Gutenberg, y Mr. Harkness en otra suma increíble varios documentos inéditos de las conquistas de México y el Perú; pero el hombre de la calle, el que sólo puede leer en el tranvía, el que no tiene tiempo para leer en calma a la luz de la lámpara “Las mil noches y una noche” de la versión de Mardrus, o el libro para los niños que escribió y decoró Kate Greenaway, necesita el libro de vestidura sencilla pero pulcra, que

puede gozarse, a falta de dineros, en la grata compañía de la camisa limpia que el ventero recomendó al más hermoso caballero que han visto los siglos.

He señalado a la Secretaría de Educación de México, no porque sea uno de los órganos de la acción oficial del Gobierno, sino porque ella ha sido en los últimos veinticinco años la noble estimuladora de la producción editorial, y ha intentado poner al libro de texto al alcance de los humildes, libertándolo de las garras de los intermediarios que lo abrumaban. En un país en que el número de los analfabetos sigue preocupando al estadista, y en que el libro paga tributos al Rey del Papel, será siempre una injusticia no hacer que, como el sol, salga para todos; pero especialmente el libro que inicia el amor a la cultura, aquel en que, el que lo encuentra por primera vez, descubre cuán numerosos son los caminos para salir en busca del conocimiento, qué terribles han sido las vicisitudes del hombre para librarse de tantos enemigos mortales y qué múltiples son las máscaras que afean el rostro de la verdad.

Hoy está la Secretaría de Educación Pública de México librando una batalla, acaso su más brillante batalla democrática: la de exterminar al analfabeto. Un millón de cartillas explicando el método para enseñar a leer, han sido impresas en los últimos días; y en esa tarea sagrada colabora la prensa del país, que se ha dado cuenta de que, a mayor número de mexicanos que sepan leer, corresponderá un porcentaje más alto de consumidores de noticias diarias. ¡El libro, artículo de primera necesidad! Al fin se ha comprendido que un país puede tener importancia por sus bibliófilos y hasta por sus bibliómanos; pero más la tendrá por el de sus habitantes que se desayunan leyendo el periódico y que, a través de este, retornan al libro como a un paraíso rescatado.

En la tarea de difundir al libro son estímulos poderosos el aire y la radio. Hoy son más las librerías, porque la radio y el cine avivan cada vez más el interés por la adquisición de conocimientos que ellos no pueden dar con amplitud edificante. Las últimas noticias pueden ser dadas por la radio-difusora; pero nunca con la minuciosidad de los diarios; y el devorador de películas de cine al ver pasar por la atmósfera imaginaria las figuras de los Tres Mosqueteros o las de los héroes románticos, o los monstruos prehistóricos que ha imaginado Disney para sus fiestas tecnicoloridas, no se conforma, quiere saber algo más. Todavía está el hombre en la edad feliz del niño, y mientras haya un cuento qué decir, un poema que celebrar, una ilusión más que perseguir, el libro será uno de los puros talismanes de la dicha.

No intentaría presentar el panorama de esa literatura que en México ya tiene sus magos y sus profetas; desde las "Lecturas clásicas para niños" en que Roberto Montenegro y Gabriel Fernández Ledesma hicieron alzarse con su varita mágica a muchos genios amablea, hasta "Rin Rin Renacuajo" de Rafael Pombo, que no hace mucho reeditó la misma Secretaría de Educación, con elegancia que deslumbra. Tampoco haré la enumeración bibliográfica de aquellos libros en que campea el buen gusto de maestros tipógrafos que son, a la vez, hombres de letras, y entre los que sobresalen Enrique Fernández Ledesma, Francisco Orozco Muñoz, Miguel N. Lira, Francisco Monterde, Salvador Novo, y a última hora un joven de brava inteligencia, al que habré de referirme al final de esta exposición de testimonios ilustres. Grandes ilustradores de libros son, además de Montenegro y Fernández Ledesma, Julio Prieto y los pintores José Chávez Morado, Julio Castellanos y Miguel Covarrubias. El último lo comprobó al enriquecer estupendamente el texto de la "Historia verdadera de la conquista de México" de Bernal Díaz del Castillo —la suprema crónica española de la Conquista— que en lujosa edición en inglés pregona el prestigio de Rafael Loera y Chávez, quien la hizo para un club de bibliófilos de Nueva York, derrochando finísimo saber tipográfico y utilizando la traducción de Archibald P. Maudslay. Puede asegurarse, sin menqua de otros editores, que esa edición ratifica para México el primer sitio americano, ya que fué allí donde nació la imprenta en América y se hizo la primera edición americana de "El Quijote", y entre los libros que han salido de sus prensas, como dechado de arte, basta enunciar los que salieron de los talleres de Ignacio Cumplido y de

Rafael de Rafael y joyas tan intachables como "Almas y Cármenes" de Jesús E. Valenzuela y los libros en que depuró sus traducciones Joaquín D. Casasús.

Paralela a la de la Secretaría de Educación es la obra de la Imprenta Universitaria, que está editando —son ya cincuenta— los volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario, en que el lector encuentra libros, crónicas y selecciones literarias mexicanas. Es ella el más sólido orgullo de esa editorial, porque contiene la substancia de los insignes hombres de letras de México, a comenzar con las cartas de Cortés y las crónicas de los indios que recogieron los anales de sus antepasados, como don Fernando Alva Ixtlilxochitl y don Hernando de Tezozomoc. Escritores que han especializado en el conocimiento de cada uno de los autores escogidos para esa biblioteca avaloran con estudios y biografías cada volumen, que apenas aparece puede obtener por ínfima suma, cada estudiante universitario. Pero el programa de la Universidad de México no se ha conformado con hacer esa obra de bien y de justicia, dando plena categoría a los que han hecho historia escribiéndola o que ofrendaron su espíritu amoroso al trazar páginas en que México se refleja con fieles dimensiones. La Imprenta Universitaria ha producido ediciones de libros como "Las cactáceas de México" de Helia Bravo, "Canto a Bolívar" de Pablo Neruda, "Impresos Mexicanos del siglo XVI" por Emilio Valton, "José Clemente Orozco" de Justino Fernández "Pátzcuaro" de Manuel Toussaint y algunos de sus colaboradores en investigaciones estéticas; y algunos de los textos para las escuelas universitarias, que han escrito maestros de reconocido rango. Pronto veremos surgir la "Anatomía topográfica" del Dr. Fernando Quiroz, bien ilustrada, para que sea el más justo homenaje a uno de los anatomistas de memoria diabólica. De la misma imprenta están saliendo las producciones que prepara el Instituto de Literatura Ibero-Americana (la antología de poetas colombianos de Carlos García Prada, uno de ellos), y se ha iniciado ya, con la selección de escritos de Sarmiento por Pedro de Alba, una serie que dará a conocer el pensamiento democrático de América. Tiene la Universidad de México varios voceros que promulgan su labor: "Revista de Filosofía", "Revista Mexicana de Sociología", "Anales del Instituto de Biología" e "Investigaciones estéticas". La primera es dirigida por Eduardo García Maynez, la segunda por Lucio Mendietta y Núñez, la tercera por Isaac Ochoterena y la cuarta por Manuel Toussaint, la más respetada autoridad en problemas del arte mexicano y con quien colaboran Rafael García Granados, Justino Fernández, José Rojas Garcidueñas, Vicente T. Mendoza, Salvador Toscano, Federico Gómez de Orozco y Edmundo O'Gorman.

México tiene 30 editoriales, algunas de ellas bien conocidas en el exterior: Fondo de Cultura Económica, Editorial Séneca, Editorial Porrúa, Editorial Robredo, Editorial Jus, Editorial Botas, Editorial "Cuadernos Americanos", Editorial de "El Hijo Pródigo", Editorial González Porto, Editorial Stylo, Ediciones Xochitl, Unión Tipográfica Hispanoamericana, Editorial Lora y Chávez, Editorial Ars, y al lado de ellas las que tienen casa matriz en Buenos Aires o en los Estados Unidos, como la Espasa Calpe o la Casa Jackson. De ellas han salido, en los últimos años, libros que enaltecen a las artes gráficas mexicanas, y numerosas obras médicas y quirúrgicas que presentan las técnicas y terapias novedosas. El librero y bibliófilo Pedro Robredo es uno de los paladines de la cultura al divulgar libros clásicos mexicanos de edición agotada, tales como "El ensayo político de la Nueva España" de Humboldt y la crónica de Bernal Díaz del Castillo, o bien el "Epistolario de García Icazbalceta", que compiló y anotó Felipe Teixidor, y el "Diccionario General de Americanismos" de Francisco J. Santamaría, libro que, por consenso de opiniones, obtuvo el primer lugar en 1943, y fué premiado con 30,000 pesos que le confirió el Presidente de la República. Las Ediciones Xóchitl tienen en su haber la serie "Vidas mexicanas", que son ya 15 volúmenes; la Antigua Librería de Robredo de Porrúa e Hijos, que ha dado la excelente serie de obras documentales históricas; y la de Porrúa Hermanos, que ha comenzado a publicar una colección de libros, cuyo antecedente es aquella colección de Agüeros, que es de tanta utilidad para el estudio de las letras mexicanas. Y en cuanto a la Editorial Séneca, baste decir que se ha inmortalizado con ediciones de la poesía de Antonio Machado y de César Vallejo, y que prepara, bajo la vigilancia del sabio bibliógrafo

y paleógrafo español Millares Carlo, un diccionario enciclopédico literario de nuestro idioma en cuya redacción toman parte españoles y americanos. Millares Carlo nos dió hace poco, a través de la misma editorial, una edición del "Quijote", que ha salido a nuevas andanzas; y una antología de la poesía hispanoamericana, en que José Bergamín asoció su nombre a los de Xavier Villaurrutia y Octavio Paz.

Sobre Fondo de Cultura Económica habría que hablar en términos de elevación. Daniel Cossío Villegas es el corifeo de un ejército de traductores, de prologuistas, de economistas y de biógrafos de la cultura (Alfonso Reyes, José María Medina Echevarría, Javier Márquez, Francisco Giner de los Ríos, entre otros); y no puede ser más admirable su plan ambicioso de divulgar los mejores libros de los escritores actuales de América. Economistas y filósofos, historiadores y ensayistas han sido puestos a contribución por esa editorial que es honor de América y está en vísperas de demostrarlo que el libro puede hacer como coordinador auténtico de las relaciones interamericanas y como animador de compensiones y de simpatías.

Merece especial referencia la labor editorial emprendida por Raúl Noriega, por medio del diario "El Nacional", que en su deseo de abaratar el libro para que lo goce el mayor número de lectores, ha dado a la publicidad materiales de importancia sustantiva para quienes anhelan conocer las peripecias del pueblo mexicano en su larga peregrinación hacia la tierra prometida.

La Secretaría de Hacienda posee una biblioteca de primera calidad y unos archivos económicos que difícilmente pueden tener rival en este hemisferio. Ha tenido la feliz idea, ya en marcha, de editar por entregas el catálogo de su archivo y una serie de publicaciones históricas, hoy a cargo de Arturo Arnaiz y Freg, además de algunas monografías de arte que son inventarios de la riqueza del país atesorada en su arquitectura y su pintura religiosa.

Por su parte, la Secretaría de Relaciones ha reinstaurado su serie "Archivo histórico-diplomático mexicano", poniendo la obra en manos de Agustín Velásquez Chávez, quien tiene en su haber la edición de libros bien hechos. Y en cuanto a la obra que ha realizado el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, baste decir que pasan de 90 los volúmenes que ha puesto en circulación y que en este año dará nuevo ímpetu a sus tres revistas de carácter continental: "Boletín Bibliográfico de Antropología Americana", "Revista de Historia de América" y "Revista de Geografía de América", en las que intervienen, respectivamente, Wigberto Jiménez Moreno, Silvio Zavala y Jorge A. Vivó. En Mérida edita Carlos R. Menéndez la serie de opúsculos históricos "Hombres y cosas de otros tiempos"; y va a comenzar sus labores la editorial que en Sonora dirigirá con el apoyo de su gobernador el ex-presidente Abelardo Rodríguez, el Ing^o Juan de Dios Bojórquez.

En una de las asambleas de bibliotecarios de los Estados Unidos y México, la reunida en West Baden, se recomendó publicar cuanto antes el "Anuario bibliográfico mexicano", y la idea se ha cumplido, gracias a los empeños de Genaro Estrada, maestro desaparecido en el esplendor cenital de su vida, después de señalar amplios derroteros a los investigadores y a los bibliógrafos como Juan B. Iguiniz y Roberto Ramos, que siguen trabajando con la terrible pasión de los mineros que hallan diamantes en las bibliotecas. La aparición del anuario, dirigido por Felipe Teixidor, fué saludada con júbilo por los que aprecian esa clase de improbas tareas y que se han dado cuenta de que si nuestros países necesitan inventariar sus riquezas biológicas, antropológicas y económicas, urge que se conozcan las dimensiones de su tesoro bibliográfico; porque si el libro es flor excelsa en la historia intelectual de un país, es también —y ante todo— una de sus riquezas auténticas; díganlo si nó, en los días de su grandeza, los europeos que han producido lanas y quesos, relojes y cristales, pero que vivirán más por sus impresores y sus dibujantes, sus grabadores y sus encuadernadores, sus chalanos de libros y sus coleccionistas, su Elzevir y su Plantin, su Juan Cromberger y su Sancha, su Amberes y su Génova, su Vindel y su Palau y Dulcet. El "Anuario Bibliográfico Mexicano" sigue apareciendo, patrocinado por la Secretaría de Relaciones, que debía asumir la dirección del conocimiento del libro nacional en el exterior,

vigilando, además, todo lo que concierne a la defensa del libro, como víctima propiciatoria en esa piedra de sacrificios en que el hombre de pluma se deja extraer, inerme, el cerebro en la fiesta de la antropofagia.

México empieza a dar al pensador, al historiador, al poeta, su sitio en la distribución de estímulos y galardones. Vemos así, por ejemplo, que el Departamento Central del Distrito Federal acaba de conferir un premio al mejor libro de poemas (el año pasado se lo repartieron Carlos Pellicer y Jorge González Durán) y otro a la mejor novela, que ganó con "La negra Angustias" Francisco González Rojas, uno de los escritores de vocación decidida y mexicanidad entrañable. El diario "El Universal" ha instituido hace tres años el "Premio Lanz Duret" para la novela del año. Y es de esperarse que la Secretaría de Educación reviva, en toda su importancia, los concursos en que se premiá a los más distinguidos entre los novelistas, escritores científicos y periodistas: por vez primera tales trofeos fueron conferidos, respectivamente, a Gregorio López y Fuentes, el biólogo Ignacio González Guzmán y Gustavo Ortiz Hernán.

Hay el Premio "Manuel Avila Camacho", instituido recientemente por la Cámara Mexicana del Libro, para el mejor hombre de letras o de ciencias, y lo ha obtenido quien sigue siendo poeta excelentísimo, Enrique González Martínez. Este año se definirá en el Congreso Mexicano de Historia, que va a celebrarse en Guanajuato, quién es el ganador del Premio Rebolledo (10,000 pesos) para el autor del libro en que se dilucide si el Presidente Antonio López de Santa Anna fué traidor durante la Guerra de Texas. Los ricos empiezan a dar dinero para empresas intelectuales, y poco a poco se van convenciendo de que pueden también hacer buenas inversiones no sólo en el servicio social sino para mayor gloria de la ciencia o del arte. Un magnífico testimonio lo dió ya la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey al editar "El arte de los metales" de Alonso Barba, y otro el Banco de México al pagar los gastos que ocasionó la edición de la monografía sobre la Plaza de Guardiola. Afortunadamente, hay algunos banqueros que gustan de los buenos libros —que no son ni el de Caja ni el Mayor— y es justo citar entre ellos a Eduardo Villaseñor y al bibliófilo Salvador Ugarte. Las bellas ediciones privadas que ha hecho Mr. G. R. G. Conway para dar a conocer algo del oro que guarda en su biblioteca y el que sigue extrayendo de los archivos que consulta en sus ratos de ocio, olvidándose su personalidad de gerente de una de las poderosas empresas canadienses, perdurarán en la historia de la cultura en México más allá de su brillo de hombre de negocios. Los ricos pueden jugar golf —y hasta recorrer golfos en sus yates— pero también pueden acaparar libros únicos, que —como recomendaba Anatole France— estén bien empastados y hablen de amor. Hemos aplaudido el caso de un Pedro Robredo, que hizo fortuna como librero y después de caer en los abismos peligrosos de la bibliofilia, a grado tal que su biblioteca es una de las más ricas, ha organizado una editorial que, sin renunciar al lucro, sigue dándonos ediciones definitivas de algunos clásicos mexicanos, prestando a la cultura un servicio eminente que lo immortalizará más que los mármoles y los bronces. Esto prueba que los editores pueden hacer fortuna, pero también ayudar al verdadero productor, al que escribe o traduce o compila; y seamos optimistas creyendo que en un futuro próximo los editores y los libreros dejarán su simple papel de especuladores para mejorar la condición de los obreros intelectuales. Una simple visita de escaparates nos permite comprobar que en La Habana el libro mexicano es vendido duplicando su precio original, y en otras ciudades cuadruplicándolo. Acaso se disculpen diciendo que se trata dar una ayuda efectiva a la democracia y a la solidaridad continental. La post-guerra tendrá que buscar una solución a este grave problema en que se hayan comprometido los intereses de la gente que, por sus modestísimos salarios, tiene insignificante poder adquisitivo. Es cierto que el libro no podrá perder, en muchas ocasiones, su calidad de artículo de lujo; pero no lo es menos que se ha prestado en demasía a las más inicuas rapacidades, bien cayendo en manos de editores piratas, bien prescándose a ser inerme instrumento de la codicia. Los escritores y los traductores se hallan en el deber de formar un frente común para poner fin a un estado de cosas tan indecoroso, en el que sigue teniendo profunda actualidad la parábola "Esta calamidad de los zapatos".

El gobierno de México es un decidido protector de la industria librera: lo ha emancipado del impuesto del timbre, que es el más importante en aquel país; no paga la contribución que se exige a los capitales invertidos, ni tampoco los derechos de aduana, y no puede ser más irrisoria la tarifa postal. Pero es de esperarse que tales exenciones, tales estímulos, redunden en beneficio del consumidor, abaratando el libro, porque de otra manera la actitud del Estado no estaría correspondida como lo esperan los que buscan la superación del hombre por la cultura. No es el libro mexicano el que más dan a conocer aquellas librerías, porque en ellas se da preferencia al libro argentino y al español. He aquí un problema idéntico al que tienen los cubanos y que acaba de ser definido editorialmente por Rafael Pérez Lobo en la revista "Cervantes", al declarar: "Muchos de los editores españoles que hoy trabajan en la Argentina estuvieron antes en La Habana, estudiando la posibilidad de establecer aquí su negocio, y no pudieron hacerlo. Basta observar que ni un solo editor con sede en España se ha radicado en La Habana. Es que en La Habana no se puede trabajar el libro para ese mercado de más de 100.000.000 de habitantes como se trabaja en la Argentina. La cuestión está en decidir si nos conviene seguir como estamos o si debemos cambiar ante esa realidad de hallarnos totalmente desplazados, cabe decir, de la cultura continental por una falta de distribución y divulgación de nuestros valores y nuestros libros. Si nos conviene cambiar este estado de cosas, no hay otro camino más que ese: la exención tributaria total. Y casi, casi parece que no nos conviene mucho seguir como estamos". El libro mexicano, a pesar de hallarse libre de aranceles, no está aún en condiciones de producirse en cantidades suficientes para servir a un vasto mercado como el que sirve el argentino.

Desde la época en que José Vasconcelos era Secretario de Educación, México se anticipó a coordinar las relaciones intelectuales en América, utilizando al libro como al vehículo más eficaz, dando a las informaciones bibliográficas, por medio del boletín popular, una orientación americanista. Así lo proclaman las publicaciones que desde entonces ha venido haciendo aquella Secretaría, una de ellas la revista "El libro y el pueblo" que tanto bien supo hacer a favor del intercambio y de las relaciones interamericanas. Mucho se ha dicho, en tono hiperbólico sobre ésta; pero, en verdad, se ha hecho muy poco. Es seguro que solamente algunos de los peruanos especialistas en el estudio de la Historia del Arte, conocen las monografías, tan espléndidas, que han publicado Manuel Toussaint, Justino Fernández, Enrique Cervantes, Agustín Velásquez Chávez o la que sobre la pintura de Puebla dieron a conocer José Luis Bello y Gustavo Ariza. Es grande la sorpresa cuando algunos lectores de Lima, que tienen trato constante con los libros y verdadera curiosidad por conocer lo que fuera del Perú se produce, declaran no haber leído "Ulises Criollo" de Vasconcelos, autobiografía que puso en lugar primerísimo el nombre de dicho escritor. Ese libro ha sido, en los últimos 25 años, el mayor triunfo editorial que ha tenido México desde que hay imprenta, pues de él se han hecho hasta cinco ediciones, con un total de 50.000 ejemplares. Pero hay que hacer constar que el triunfo del editor fué rotundo porque pagó al autor una suma irrisoria. Lo mismo sucedió al novelista de "Los de abajo", Mariano Azuela, que es el escritor mexicano que ha sido traducido al mayor número de idiomas, y que a pesar de ello, sin que el Estado pueda salir a su defensa, se conforma con ser un infortunado escritor más.

La Secretaría de Educación de México se ha preocupado por hacer ediciones baratas de libros de texto y "El Nacional" con sus ediciones encuadernables se ha dado cuenta de lo que significa un libro como la Historia de México por Luis Chávez Orozco, que sólo cuesta 70 centavos al editor y que en las ciudades de provincia es comprado a 4 pesos por los niños de las escuelas, mejor dicho, por los padres de familia.

Hay que enseñar a leer, pero también facilitar la adquisición del libro; porque de lo contrario éste seguirá siendo como esas medicinas costosas, esos reposos y esas vitaminas que los médicos aconsejan a sus pacientes atacados de enfermedad elegante. El mundo mejor de que nos están hablando los profetas será aquel en que no haya tanta penuria, ni tanto hombre que no lee el periódico del día porque no tiene con qué comprarlo o si tiene con

qué no sabe leer. En ese mundo seguirá vendiéndose el libro de espléndidos atavíos, que sólo podrán comprar los hombres de estudio para quienes el Estado brindará las facilidades necesarias, a fin de que lo consulte, sintiéndose en casa propia, en esos recintos en que el espíritu va depositando sus esencias intemporales. Pero en ese mundo una inmensa mayoría seguirá teniendo lo que Justo Sierra decía en memorable ocasión: "hambre y sed de justicia". En ese mundo nuevo en que el Nuevo Mundo será usufructuario, van a tener categoría suprema, entre los servidores del Estado: los organizadores de bibliotecas, acaso tanta como los economistas y los psiquiatras. Tienen los Estados Unidos su Biblioteca del Congreso en Washington, que los creyentes en la Santa sabiduría admiramos con mayor reverencia que a la simbólica estatua que alza su antorcha en la bahía neoyorkina; porque la luz del libro es antorcha más efectiva y son bienaventurados los que aman la luz, porque contra ésta las tinieblas no prevalecerán. Los Estados Unidos nos están prestando el valioso concurso de su luz bibliotecaria; y no está distante el día en que el Estado y los banqueros y los hombres que aman las tinieblas, se den cuenta de que en muchos de los países hispano-americanos las bibliotecas deben tener a su disposición parte del dinero que se gasta —y a veces se derrocha— en otros menesteres; y de que los caminos son necesarios, como lo son la nutriología, la irrigación y la salubridad; pero que también el cerebro necesita caminos, aires diáfanos, nutrición balanceada. ¿Cómo es posible que haya bibliotecas sin recursos decentes para comprar libros? "¿Qué puedo hacer yo con cien mil maravedíes?", decía el conquistador Francisco Montejo al Rey, en uno de aquellos años en que el oro de América no permitía la inflación. Asilada en el que fué convento de San Agustín, a la sombra de las estatuas de yeso de algunos genios que amaron a Santa Sabiduría, los lectores de aquella Biblioteca Nacional padecen heroicamente los rigores del invierno, como focas que atisban la aurora boreal. En una de las capillas —que no se sabe quién bautizó con el nombre de "El Infiernillo"— durante muchos años han permanecido en espera de los arqueólogos de la bibliografía, centenares de libros viejos que fueron propiedad de los conventos; y allí, tras exploraciones pacientes, el sabio español Millares Carlo y su colaborador Rafael Sánchez Ventura han encontrado incunables europeos y hasta ejemplares de la imprenta de México —más de 1,000— que al gigante José Toribio Medina se le escaparon de las manos. Sufrir la Biblioteca Nacional de México las vicisitudes que la cultura ha sufrido en esta América que va buscando, al fin, al hombre apto, al preparado, para que desempeñe el servicio público, y que tiene que dar al hombre de estudio, si queremos salvarnos, condiciones decorosas que le permitan ser respetado por los audaces y los advenedizos, y para defender de veras esa tradición cultural —que viene del indio tanto como del español— necesita inventariar sus valores morales e intelectuales, sus riquezas físicas y sus tesoros a la intemperie, abandonados por la incuria y la indiferencia.

Las bibliotecas particulares más valiosas que ha tenido México han ido a refugiarse a otros países, y su venta ha hecho posible que muchos de los documentos rarísimos de la imprenta se hallen en otras manos que las enseñan con orgullo y hasta con vanidad. Entre las que tal suerte corrieron se puede mencionar las de José Fernando Ramírez —que fué subastada en Londres— y las de Joaquín García Icazbalceta, Genaro García y Luis González Obregón que se hallan en la Universidad de Texas. Es largo el calvario de las bibliotecas mexicanas y podría escribirse la historia de los saqueos más escandalosos en un truculento relato en que sobresaldrían los nombres de traficantes como Agustín Fisher y el anticuario Alfredo Rosenberg, el mismo que compró a Pignatelli, indigno descendiente de Hernán Cortés, muchos documentos inéditos que estaban en el archivo de éste. No hace mucho que la biblioteca de Federico Gómez de Orozco, formada por tres generaciones de su familia, fué adquirida por un librero de la ciudad de México, y para impedir que México la perdiese para siempre, la Secretaría de Educación logró adquirirla, rescatando para los hombres de estudio uno de los arsenales bibliográficos de más valía. Pudo también la Secretaría de Hacienda adquirir la que fué de Genaro Estrada y el año pasado el Instituto Panamericano de Geografía e Historia entró en posesión, por donativo de su dueño, de la biblioteca de Fernando Iglesias Calderón. Y así queda demostrada la afirmación del hu-

morista: "Las pinturas son para quienes las entienden, la música y el pan deben ser para todos y los libros para quienes los estimen".

A pesar de la carestía del libro viejo —de ese que Demetrio García y Emilio Valton llaman "incunable mexicano"— aun hay por ventura, algunos tesoreros que han sabido rescatarlo, sin desentenderse de lo que ha salido de las prensas mexicanas o extranjeras, sobre México, en los siglos ulteriores al XVI. Sus nombres prolongan el recuerdo glorioso de bibliófilos como José María Andrade, José María Agreda y Sánchez, Joaquín García Icazbalceta, Nicolás León. Gracias a ellos se cuenta con ejemplares que hacen rebrillar el prestigio de egregios tipógrafos y litógrafos; y entre otros figuran G. R. G. Conway, Salo Hale, José Cornejo Franco, Manuel Toussaint, Pedro Robredo, José Porrúa Tutanzas, Felipe Teixidor.

México es tierra de pintores sublimes y de genios anónimos de la canción; tierra de poesía y de artes plásticas, con 18 siglos de historia, que ha visto la caída de varios imperios y el derrumbe de muchas instituciones; pero en el fondo de su vida tormentosa, la imagen extraída del sueño y el signo de la escritura siguen promulgando la gloria del hombre que se refugia en la invención poética y en el libro de poderes mágicos que iluminan la vida. Innúmeros viajeros han sentido la fascinación de ese país que en América sólo tiene un émulo, el Perú, y que han dejado libros de hermosura permanente. En la que se divulgan sus miserias y sus grandezas. ¿Cuáles son, alguien preguntará, los libros extranjeros cuya lectura es indispensable para quienes quieran asomarse al conocimiento del mundo mexicano? Esa lista es provisional, pero me atrevo a creer que si en ella no están todos los que lo merecen, sí son todos los que están: "Ensayo político de la Nueva España" por Humboldt (que es el primer balance formal de la riqueza biológica de México); el delicioso libro de Madame Calderón de la Barca, "Life in Mexico", una sucesión de estampas epistolares que recogió en sus viajes a través de almas y de costumbres, de cabecitas y de cabezones; "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán", por el diplomático norteamericano John Lloyd Stephens, después de visitar Egipto y Grecia; "El México desconocido" de Karl Lumholtz; "Mexican antiquities" editado por Lord Kingsborough para presentar un panorama de los códices precortesianos; "Mexican architecture" de Sylvester Baxter; "Mexican and Mayan Art" de Thomas Athol Joyce; "Mexique, terre indienne" de Jacques Soustelle; "The Mexican nation" de H. I. Priestley; "El Códice Mendocino", maravillosamente editado por la Universidad de Oxford; "El Templo de los Guerreros", que dió a la estampa la Institución Carnegie; "Badiano Manuscript", presea de la Biblioteca Vaticana, que nos es posible admirar gracias a la edición lujosa, reproduciendo el texto y los colores originales del códice, que hizo la Universidad de Johns Hopkins para demostrar las excelencias del que está considerado el libro de medicina más antiguo en nuestro hemisferio.

En el balance de la producción editorial mexicana de los últimos 25 años, sobresalen por su calidad literaria o su valor intrínseco en la historia del arte o de la ciencia: "Visión de Anáhuac" de Alfonso Reyes, "Los de abajo" de Mariano Azuela, "Ulises criollo" de José Vasconcelos, "Breve historia de México" de Alfonso Teja Zabre; "El águila y la serpiente" de Martín Luis Guzmán; "El indio" de Gregorio López y Fuentes; "Canek" de Ermilo Abreu Gómez; "Los tarascos" de José Gómez Robleda; "Los hombres que dispersó la danza" de Andrés Henestrosa; "Poesía" de Enrique González Martínez, "Viajes al siglo XIX" de Enrique Fernández Ledesma; "Recinto" de Carlos Pellicer; "Nostalgia de la muerte" de Xavier Villaurrutia; "Juan Ruiz de Alarcón" de Antonio Castro Leal; "Iglesias coloniales" del Dr. Atl y Manuel Toussaint; "Historia gráfica de la Nueva España" de José R. Benítez; "Las cactáceas" de Helia Bravo; "La pintura moderna de México" de Justino Fernández; "Cuarto centenario de la imprenta" (edición de la Cámara Mexicana del Libro); y el último, cronológicamente, "Arte precolombino de México y de la América Central" por Salvador Toscano —arqueólogo, crítico, fotógrafo y tipógrafo— que según los dictámenes de la crítica es el mejor que apareció en 1944.

Están de fiesta los hombres de estudio porque en el libro de Toscano hallan sabiduría y orden, pasión y sensibilidad entrelazadas con esa finura que sólo el espíritu sabe acender cuando sobre el papel efímero da nueva vida y nuevo acento a las formas eternas.

Toscano ha sabido aquilatar lo mejor que los hombres enamorados de la América Antigua han logrado, como frutos de la interpretación, a través de cuatro siglos de estudiar piedras y códices, rostros enigmáticos y técnicas misteriosas. Nos ha dado las mejores luces para viajar por ese mundo confuso lleno de terribles divinidades y de artistas extraordinarios que dejaron las huellas inmarcesibles de su alma sobre jades y turquesas, granitos y basaltos, y ha podido así convertirse en inteligente guía para visitar el laberinto de la noche del "tiempo sin tiempo", toda poblada de númerones que brillan en silencio y de gentes que aún llevan en los labios el rastro de las palabras abolidas.

He aquí el ejemplo magnífico de un joven de América, que con el solo poderío de su voluntad y el estímulo de su emoción, sin tener beca ni subsidio, ha seguido, paso a paso, a los investigadores de la arqueología hasta extraer de sus textos la sustancia preciosa que nos permite entender algo de lo que aquellas vidas pusieron en su mensaje y que, a pesar de las complicadas apariencias, no es más que la expresión del hombre en un momento crucial de la Historia, en que la realidad circundante era tan poderosa como el sueño. Ha subido a la cima de los templos rotos, ha entrado a las salas hipóstilas en que ya no están los dioses que iluminaron la esperanza de los mortales; y al cabo de arduas peregrinaciones, a lo largo de las ciudades en que florecieron culturas que hoy nos alucinan, ha podido definir estilos, sopesar libros de consulta, catalogar hipótesis, señalar a la admiración de los que tienen el don de la curiosidad nuevos caminos para el goce. Bien ha dicho en su elogio el maestro Alfonso Caso: "En el libro de Toscano, por primera vez tenemos una visión a la vez amplia y profunda del arte del México antiguo", y "marcará un punto de partida para una serie de investigaciones sobre el arte del México prehispánico, cubriendo un campo poco menos que inexplorado, el estudio de los objetos arqueológicos mexicanos, desde un punto de vista estético".

Dentro de la atmósfera de este libro cobran vida interior las palabras que han escrito los arqueólogos con piqueta e imaginación. Toscano ha sabido precisar, distinguir, enaltecer formas y bocetos, esencias y valores, para que la ruta quede bien despejada a los que por ella se atreven a salir en busca de otras fuentes de la emoción pura. Contribuye así, continuando la obra de los grandes americanistas, a poner de relieve y a justificar con evidencia palpable, la grandeza de mayas y de aztecas, de tarascos y de zapotecas, de huastecas y de mixtecas, de pipiles y de nicoyas, que pudieron expresarse con originalidad y valentía, y que nos permite entrar, con pié más firme, en el mundo extraordinario en que florecieron hombres que demostraron para siempre cómo, sin los instrumentos de que hoy se dispone, sin el hierro y sin el logaritmo, lograron señorear con su voluntad y con el poderío de su técnica, metales y canteras y perpetuaron con gracia que nos asombra muchas de las difíciles expresiones del alma en el rostro humano.

No se trata de un viajero con cámara Leica y curiosidad frívola; tampoco es un arqueólogo que se dedica a descubrir cerámicas o ciudades inéditas, sino de un arqueólogo humanista; la arqueología moderna ya no es el simple hallar y la muda revelación, sino algo más: es una ciencia que coordina muchas de las ideas que el hombre ha puesto en orden y muchas de las emociones que lo han hecho sentirse capaz de darles expresión; la arqueología es una de las humanidades, porque halla en oscuras fuentes la riqueza del hombre universal.

Sólo falta en este libro la presencia de una de las artes que confieren ciudadanía al hombre mortal: la Música. La América Antigua pasó por todos los ciclos de la soledad y de la angustia; dió un lenguaje propio a sus idealidades, aliando lo útil a lo bello; domó la materia con un arsenal de recursos que le permitieron solucionar los problemas que complican las fuerzas telúricas; y sin preocuparse por dejar los nombres de los artistas en los dinteles o en las lápidas, sin la preocupación de asegurarse la inmortalidad en los epitafios

visibles, se apoderó de las fuerzas ocultas, luchó contra los demonios del viento y de la intemperie, y ha triunfado para siempre; su triunfo nos extasía y anonada.

Salvador Toscano se apasiona frente a un texto de arqueólogo que traza hipótesis; pero más le fascina contemplar la sonrisa misteriosa de una mascarilla, un jaguar policromo o el tornasol restaurado de un caracol marino. Su gran capacidad de admirar y comprender, sólo es emulada por su aptitud para amar las prendas ilustres de la América precortesiana. Leer su libro es recibir una de las lecciones saludables que el hombre de estudio puede darnos si no pierde su tiempo en frívolas discusiones, y por eso prefiere invitarnos a los miradores en que él se ha instalado para recrear formas y estilizar las figuras de los sueños en las figuras humanas.

Este libro será gozado en toda América, por lo que significa como revaloración de los conocimientos que teníamos sobre nuestros antepasados insignes. Lo que asemeja a la América Maya con el Perú no es lo que se ha dicho en discursos de banquetes, sino la pasión religiosa con que el hombre precolombino expresó las congojas de su mundo interior y pudo darles vida perdurable.

Con el saludo de Salvador Toscano, joven de la América eterna, entrego a la Biblioteca Nacional de Lima un libro más para su relicario. Ningún regalo más hermoso para una biblioteca que un libro, y bien pocos serán como éste, entre los salidos de manos y cerebros mexicanos, porque reúne armoniosamente las calidades de las artes gráficas, el estilo literario y la lección admirable de sus afirmaciones y sus símbolos. Me enorgullece entregar este mensaje que ojalá sea un vínculo más entre los estudiosos de nuestros pueblos y una invitación formal para que, enamorados de lo nuestro, seamos los señores de una riqueza que desafíe las vicisitudes inesperadas y nos dé ánimo para seguir teniendo la capacidad de comprender y de amar.